

## El Padre Coindre, acusado de rapto y detención ilegal

---

El notario Casati se presentó en la comisaría de policía de Lyon una fría mañana de enero de 1817. Saludó al oficial de guardia y pasó directamente al despacho del comisario Delacroix. El notario y el policía eran buenos amigos desde hacía mucho tiempo, así que Casati se sentó sin invitación frente al comisario en la gran mesa de despacho que presidía su salón.

—No me fastidies Delacroix. Lo único que faltaba es que la policía se meta también con el Padre Coindre

—¿Lo conoces? —respondió el policía con un gesto de asombro.

—¡Cómo no lo voy a conocer! —dijo Casati algo molesto—. Es amigo de la familia, ha bautizado a mis hijos, y yo trato de ayudarle en todas las obras de caridad en las que se involucra cada día, siempre al servicio de los que no tienen nada. ¿Qué os ha hecho para que os metáis con él?

—Tranquilízate —dijo el comisario esbozando una sonrisa como de disculpa—. La situación ha sido complicada, pero las cosas han vuelto a su cauce. Todo se ha aclarado y ese buen sacerdote no tiene nada que temer. Lo raro es que no te hayas enterado hasta ahora, porque es un tema que se ha conocido en todo Lyon, ha llegado hasta el despacho del prefecto e incluso ha intervenido el ministro del interior desde París.

—He estado de viaje de negocios en el sur —respondió algo más tranquilo el notario—. Llegué anoche y cuando mi mujer me contó lo poco que sabía del tema, no me lo podía creer.

El comisario de policía se levantó del asiento y comenzó a pasear por la habitación. Era un hombre todavía joven, que no había llegado a los 40. Tenía una calvicie muy pronunciada, paliada únicamente por el pelo muy negro en la nuca y en la zona de las sienes. Era grueso, pero se mantenía ágil, en plena forma.

—La historia viene del mes de octubre del año pasado. Un comerciante del centro de Lyon, el señor Bouyer, denunció que una chica de 14 años, llamada Stéphanie Simon, que está acogida con la familia Bouyer y sirve como dependienta, había sido raptada en la misma tienda y llevada contra su voluntad al convento de la Visitación de Macon, con la intención de hacerla monja por la fuerza.

El notario hizo un gesto de incredulidad sin saber qué tenía que ver el Padre Coindre en esta historia. El policía Delacroix advirtió el gesto de su amigo y siguió con el relato.

—No te impacientes, ahora voy al centro del asunto —dijo el comisario—. Las Simon son cuatro hermanas. La mayor, Joséphine, es dependienta en una tienda de Lyon. Las otras dos son religiosas, una de ellas en Macon y la otra en Vienne. Proceden de la localidad de Bourg-en Bresse y son huérfanas de padre y de madre. Conocieron al Padre Coindre en su ciudad natal, cuando estuvo de vicario en la parroquia de la localidad. Parece ser que el Padre Coindre las ha ayudado desde siempre e incluso ha tenido que ver con que dos de las hermanas se hicieran religiosas.

—Bueno, bueno —dijo Casati—, vamos al grano porque sigo sin ver la relación del Padre Coindre con todo esto.

—Un día apareció por la tienda una chica preguntando por Fany Simon, que así la llaman habitualmente. Le dijo a la dueña que venía de parte de la hermana mayor de Fany, Joséphine,

para llevarla a un convento. La señora puso el grito en el cielo y la niña también. La señora perdía una dependienta gratuita y la chica no quería salir de la tienda ni bien ni mal. Hubo que llevarla entre sollozos y lamentos. En la diligencia a Macon se pasó todo el trayecto con suspiros y lloros, despertando la compasión del resto de los viajeros, que achacaban a su acompañante un corazón de piedra por sacar a una niña de una casa de Lyon en contra de su voluntad y diciendo que nadie debe ser forzado a ser religioso. Total que el asunto llegó al prefecto del Ródano e incluso al ministerio del interior. Se inició una investigación y resultó que detrás de toda la operación siempre aparecía la figura del Padre Coindre.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó preocupado Casati.

—La chica que acudió a recoger a la muchacha a la tienda es una colaboradora de Coindre, —dijo el policía—, la casa donde la llevaron es la de Claudine Tévenet, amiga de Coindre, las hermanas religiosas de Fany lo tienen como guía espiritual. No hay duda de que este sacerdote es el que ideó todo el plan para sacar a la muchacha de la tienda y llevarla al convento de Macon.

—¿Pero por qué? —replicó el notario Casati con un gesto de incredulidad—. ¿Qué interés puede tener el Padre Coindre en esta historia?

—Creo que su Padre Coindre se ha metido voluntariamente en un lío por defender a Fany —siguió el policía—. Alguien le dijo, no sin razón, que la virtud de la muchacha corría peligro en casa de los Bouyer. Teniendo en cuenta que es huérfana y no tiene a nadie en el mundo, el Padre Coindre consideró que la única manera que tiene esta niña de labrarse un futuro decente es no provocar un escándalo con relaciones inconvenientes, vamos a llamarlo así. Decidió pues, con la aprobación de sus hermanas, alejarla del peligro y llevarla temporalmente a Macon. Pero no contaba con que la chica estuviera tan incontrolada y que no hiciera caso a los que la quieren bien. Ahora ha vuelto a la tienda de los Bouyer y, ojalá me equivoque, pero creo que está en grave peligro de perderse.

—¿Y eso de querer hacerla monja por la fuerza?

Nadie se puede creer semejante estupidez. Es una exageración típica de una muchacha con la mente calenturienta —sonrió con un gesto cómplice el policía—. Tiene 14 años y todavía no puede ser monja, aunque quisiera. Está claro que lo que buscaba el sacerdote era sacarla del ambiente que vive en Lyon, donde, si Dios no lo remedia, mañana la podemos ver en dificultades, sola y abandonada.

—¿Y por qué intervino el prefecto del Ródano? —preguntó Casati.

Ya sabe las ganas que les tienen a los eclesiásticos en la prefectura. En cuanto el prefecto se enteró de los hechos, quiso que el Padre Coindre fuera al banquillo acusado de raptó y detención ilegal. Mandó investigar el pasado del Padre Coindre por ver si había dónde acusarlo e incluso si su interés por Fany Simon, provenía de costumbres incompatibles con el estado eclesiástico, no sé si me explico. Hemos pedido informes en Bourg-en-Bresse, en el arzobispado, en su barrio, en su parroquia. En todos los sitios, han respondido lo mismo: el Padre Coindre es un sacerdote intachable, preocupado por sus feligreses, atento a los pobres, un hombre que va para santo, si ya no lo es.

—Solo la perversión de algunos espíritus puede hacer posible que se crea que el Padre Coindre alberga otras intenciones que la gloria de Dios y la salvación de las almas —sentenció Casati que

conocía bien al sacerdote y estaba dispuesto a poner la mano en el fuego por su absoluta probidad.

—También lo creo yo —dijo el policía—. El prefecto no ha querido seguir adelante con los cargos, más que nada para no hacer el ridículo en los tribunales.

Gracias, amigo. Me voy mucho más tranquilo —se levantó Casati del amplio sillón en el que había escuchado toda la historia—. Este caso viene a confirmar mis ideas. Al Padre Coindre no le interesa la opinión de los demás, ni su fama, ni su propio bienestar cuando está en juego la salvación de las almas, aunque sea la de una chiquilla inconsciente y revoltosa que, como sucede muchas veces con la gente joven, necesitan dedicación y algo de confianza para salir adelante con su futuro. Ojalá que lo que ha pasado le sirva a Fany como lección y pueda reconducir su vida.

—¡Ojalá! —dijo el policía antes de que su amigo abandonara el despacho—. Pero estaremos atentos, por si acaso.